

5. LA PATERNIDAD DE DIOS

"Así pues, orad: Padre nuestro que estás en los cielos". - Jesús

en Mateo 6:9

Dios es amor; todos sus atributos son atributos del amor. Su justicia, su sabiduría, su poder, su misericordia, e incluso su ira y su cólera, son solo diferentes caras del amor polifacético, pero omnipresente y eterno. De ello se desprende que el motivo de la acción de Dios debe ser siempre el propio del amor. El amor no tiene motivos de política o de orgullo; de hecho, sólo tiene un motivo, que es el amor mismo. Todo lo que hace el amor es por amor, para dar placer al objeto amado, y así recibir placer a cambio. Teniendo en cuenta estos pensamientos, nos preguntamos ¿Por qué creó Dios este mundo y puso al hombre en él? ¿Por qué creó en primer lugar, y por qué, habiendo comenzado, continuó su obra hasta que los infinitos abismos del espacio insondable están todos "vibrando y palpitando" con soles y mundos girando?

El apóstol inspirado da la respuesta: "Eres digno, Señor, de recibir gloria, el honor y el poder; porque tú has creado todas las cosas, *y para tu placer son y fueron creadas*". Alguien puede decir: "Sí, Dios es egoísta como nosotros; lo hizo todo por su propio placer." Pero hay que recordar que el placer del amor nunca es egoísta. El placer del amor es amar y ser amado, -- se manifiesta de tal manera que trae el retorno del amor. Si la imaginación puede atreverse a tales vuelos, concibe a Dios antes de que comenzara la obra de la creación. Dios es amor; entonces era amor, pues es el mismo ayer, hoy y siempre. Él habita la eternidad. Él era amor, pero estaba solo, y el amor solo es solitario. El corazón infinito, con toda su ternura, su simpatía, su poder de afecto, estaba solo, encerrado sin otro medio de expresión posible, *para su placer*, para el placer del amor, para que el amor se expresara de tal manera que trajera consigo el retorno del amor.

El hombre fue hecho a imagen de Dios. Esta imagen se perdió en gran medida por el pecado, y ha de ser restaurada mediante la redención, pues hemos de ser "renovados a la imagen del que nos creó." Así vemos que esta imagen no consiste solamente en la forma exterior, sino también en el hecho interior de sentir, pensar y conocer.

¿Qué es lo que hay en el corazón humano que crea todos nuestros hogares, y construye y une a todas las familias verdaderas? Lo llamamos el deseo de tener descendencia, pero ¿qué es el deseo de descendencia, sino el deseo de que el amor se exprese de tal manera que traiga el retorno del amor de manos amorosas, y ojos amorosos, y voces amorosas?

Este es tal vez el deseo inherente más fuerte del corazón humano. ¿De quién fue heredado? -- De Dios, cuando nos hizo a su imagen y semejanza. A menudo se ha dicho que el verdadero hogar es un pequeño mundo en sí mismo. Es este deseo en el corazón humano que crea estos pequeños mundos en todas partes, y los convierte en centros de luz, de amor y de alegría, hasta

que esta vieja tierra, a veces pareciera, se asemeja al cielo. Fue este deseo en el corazón del Amor divino el que creó este mundo, y todos los mundos, y los pobló de seres inteligentes, capaces de apreciar su amor y devolverle un servicio amoroso y gozoso.

Hizo el mundo para su placer. Su corazón amoroso y solitario buscó la expresión por su único medio, la creación, y el universo no es sino la materialización de ese pensamiento divino de amor. Esto es lo que entendemos por la Paternidad de Dios. Cristo se detuvo en esto más que en cualquier otra verdad. Fue él quien nos enseñó a decir: "Padre nuestro que estás en el cielo". Oh, hay algo en esas palabras, "Padre nuestro," que parece traer a Dios tan cerca que sabemos y sentimos que él escuchará el más débil grito de dolor y necesidad de la fe, y verá la más pequeña señal de angustia. "Padre nuestro", ¿qué significan estas palabras? ¿Qué significa sino que, como nosotros somos los padres de nuestros hijos, él es el Padre de todos nosotros, sólo que es más dispuesto y más tierno.

El placer del padre está en la felicidad y el éxito de sus hijos. Con cada paso que da el hijo o la hija hacia una nueva prosperidad y utilidad, el corazón del padre se alegra cada vez más. Así que el "placer" de Dios es idéntico a la mayor felicidad posible de todas sus criaturas. Mientras en un mundo haya un solo individuo que no haya llegado aún a la cúspide de la felicidad de la que es capaz, mientras haya una alegría de la que Dios es capaz, que aún no ha alcanzado. Así, el amor une los intereses del hombre y los intereses de Dios, y la felicidad del hombre y la felicidad de Dios, en uno; y paso a paso, a lo largo de las edades del futuro, a medida que la raza de los seres inteligentes avanza a través de un mayor conocimiento hacia mayores alegrías, Dios mismo los guiará y participará con ellos en esa felicidad superior. "Ya no tendrán hambre, ni sed; ni el sol les alumbrará sobre ellos, ni tendrán ningún ca-

lor. Porque el Cordero que está en medio del trono los alimentará, y los conducirá a fuentes de agua viva; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos".

Hasta aquí el futuro; pero aquí es reconfortante recordar que el mismo amor que se regocija en nuestra alegría sufre también en nuestro dolor. Jesús fue el varón de dolores y experimentado en quebranto, porque llevó nuestras penas y cargó con nuestros dolores. ¡Nuestras simpatías son tan estrechas! Si alguna pena entra en el pequeño círculo de nuestras familias y amistades, lo sentimos, pero ¿qué es para nosotros el vasto mundo? El pequeño lago puede ser a veces sacudido con tempestades dentro de su estrecho valle, pero si el sol brilla allí, sonrío pacíficamente entre los árboles que lo rodean, no importando cómo las tormentas se desaten en otros lugares. No así con el gran océano, cuyos poderosos brazos abarcan todas las tierras. Lleva el gran mundo en su corazón. Siente el estremecimiento de la agonía de cada sacudida sísmica, y sus olas se agitan al soplo de cada tormenta. Así, el Salvador tomó al mundo sufriente en sus brazos y lo estrechó contra su corazón. Se puso *en contacto* con la humanidad. La gran masa de vida humana que se esfuerza, se aflige y lucha, yace en su alma compasiva. Llevó nuestros dolores, cargó con nuestras penas. Lo mismo ocurre hoy. "No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestros dolores."

¿Pero para qué estaba Jesús en el mundo? -- Para revelar al Padre. Él dijo: "Yo y mi Padre somos uno". "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Reveló a un Dios que es "nuestro Padre", cuyo gran corazón de amor late siempre en simpatía con una humanidad doliente y enferma de pecado, y que nos ama siempre, incluso en nuestros pecados, porque nos hizo para tener alguien a quien amar.

Alma cargada, ¿por qué no vienes a él y confiesas tu pecado, y aceptas el Consuelo de su amor? ¿Por qué alejarte por miedo? ¿Por qué pensar que te ama sólo cuando puedes sentir que has hecho algo bueno y noble? ¿Por qué

pensar que son necesarios días de penitencia y llanto después de haber pecado antes de que te reciba?

Ahora mismo sus brazos están abiertos para ti. El Salvador llama a la puerta de tu corazón. ¿Acaso la madre ama al niño sólo cuando es bueno, y lo olvida y lo odia cuando es desobediente? ¿No se aferra su amor a él siempre, más tierno aún en la hora más oscura de su pecado? ¿Acaso no es el cordón que le atrae a la virtud y a la alegría?

¿Acaso la bondad de Dios no te lleva incluso ahora al arrepentimiento? ¿No oyes que te dice: "La madre puede olvidar al niño, pero yo no te olvidaré a ti"? Ojalá nos demos cuenta de que somos sus hijos y de que nos hizo por la alegría de amarnos y de que le amemos; y que, mientras estamos auto-exiliados, alimentándonos de las cáscaras de cerdo de las esperanzas y los placeres terrenales, nos llora como hijos suyos, aunque perdidos, manteniéndose siempre dispuesto a correr a nuestro encuentro tras nuestro regreso, y saludarnos con besos de alegría.

Conocer esto es conocer a Dios, y conocerlo es amarlo, y esto es la vida eterna.